

encarecer la eminencia y magestad que Jerusalén tenía por haber en ella la casa de Dios que era sombra y dibujo de nuestros templos, dice: Muchas cosas juntas y admirables podemos decir de ti, Ciudad de Dios. Estas mismas y otras sin comparación mayores podemos decir de cada lugarito, donde estuviere, no el Arca del Testamento, ni la Urna del maná, sino el verdadero y vivo Cuerpo de Jesucristo Señor Nuestro.

Todos sois testigos de la incomodidad que las personas pías hallaban en irse á sus lugares por faltarles este tan gran consuelo; pues ahora le tendréis todos y gozaréis del mayor tesoro que tiene el Cielo, que es el de la presencia de Cristo Nuestro Señor: se verán esas iglesias, que estaban llenas de dragones y bestias fieras, llenas de ángeles y serafines. En acabándose esta expulsión, pienso dar una vuelta, si Dios me da vida, por los lugares que han sido de moros y besar la tierra de las iglesias, dando gracias á Nuestro Señor de verla libre de tanta inmundicia como la que han tenido, mientras éstos las pisaban. En conformidad de esto os ruego á todos los que tenéis, ó lugares que han sido de moriscos, ó casas en ellos, que hagáis una grande fiesta, la mayor que podáis, el día que se pusiere el Santísimo Sacramento en vuestras iglesias, y que asimismo procuréis adornar el santo altar donde se ha de reservar, cuanto permitiere vuestra posibilidad. Este cuidado será muy propio de las señoras y de las mujeres piadosas, acordándose del regalo que procuraron hacer á Cristo Nuestro Señor aquellas santas hermanas Marta y María, cuando después de venir muy cansado de predicar y fatigado de la infidelidad de los hombres se entró en su casa. Ese mismo Señor es el que tendréis en vuestras iglesias y no mortal y pasible, sino inmortal é impasible: regaladle cuanto pudiereis y enterneced con pensar la grandísima misericordia que ha usado, queriendo morar en vuestra compañía después de tantas y tan grandes blasfemias y afrentas como se le han hecho en esa misma Casa donde ahora le tendréis. Con esta consideración encenderéis en vuestros corazones la devoción al Santísimo

Sacramento, y alcanzaréis por ella innumerables bienes».

«Dirigiéndose Salomón á Dios, exclama el V. P. Alonso Rodríguez, decíale estas fervorosas palabras: ¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? (1) Si el cielo y los cielos de los cielos, con toda su anchura no bastan, Señor, para darte lugar, cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado? ¿Con cuánta mayor razón podemos nosotros decir esto, pues no ya la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía? Gran consuelo y favor fué querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía, para consuelo y alivio de nuestra peregrinación. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aflicciones, qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que entre Dios por nuestras puertas y se pasee por nuestros barrios y calles, se deje llevar, y sea portátil y que le tengamos de asiento en nuestros templos, que podamos visitar muchas veces y á todas horas; de día y de noche y tratar allí con Él nuestros negocios cara á cara, dándole cuenta de nuestros trabajos, comunicándole nuestras tentaciones, pidiéndole remedio y ayuda para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos ama tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará lejos para remediarnos? ¿Qué corazón hay que no se enternezca é inflame, viendo á Dios tan casero? (2)».

Si el amor hace muchas veces prorrumpir en justos delirios, admiremos el Alfabeto Eucarístico del Beato Nicolás Factor, nacido del encendidísimo amor que profesaba á Jesús Sacramentado. Por la letra A, le llamaba Amor mío; por la B, Bien mío; por la C, Criador mío; por la D, Delectación mía; por la E, Esposo mío escogido; por la F, Fortaleza mía; por la G, Gozo mío; por la H, Hermano mío; por la J, Jucundidad mía de incomparable estimación; por la L, Luz de mi alma; por la M, Muerto por mis pecados y por amor en Cruz tan afrentado; por la N, Nobleza mía; por la O,

(1) Lib. III, de los Reyes, cap. 8, v. 27.

(2) Ejercicio de perfec. Part. II, Tratado 8, cap. I.

Hortelano de mi alma que codicio por ser vuestro huerto; por la P, Padre mío piadosísimo y Señor omnipotente; por la Q, Querido mío sobre todas las cosas; por la R, Redentor mío; por la S, Salvador mío; por la T, Tutor mío y por la V, Vida mía y Jesús mío» (1). Todas estas ardientes expresiones las repetía frecuentemente, y mantenía en su corazón una encendida llama que le abrasaba en el Sacramento santísimo.

II.—El amor que profesaron los Confesores á Cristo Sacramentado, prueba la verdad del dogma del Altar

Del extático Nicolás, que acabo de mencionar, se refiere (1) que cuando hablaba del Santísimo Sacramento, tenía la cabeza descubierta y se ponía á elogiarle con toda la veneración posible. Una palabra que oyese de este Misterio, ó del amor de Dios, era bastante para ser levantado del suelo en dulce éxtasis, y esto era en tanto grado, que bien sabido es por sus contemporáneos valencianos que cuando los niños y los mozos querían verle suspenso en el aire, no tenían más que gritarle á las espaldas: P. Nicolás, *Sursum corda*. Durante la procesión del Corpus que celebraba el convento de S. Francisco de Valencia, se arrojó á presencia de todos los concurrentes. En otra ocasión, día de Pascua florida, llegando con un compañero á la catedral de la ciudad valentina y al tiempo que el cabildo eclesiástico solemnizaba la procesión por los claustros con el Santísimo Sacramento, quedó arrobado en el púlpito por espacio de tres horas.

El V. P. Luis de la Puente amaba tanto á Jesús sacramentado que, aun estando enfermo, no dejaba de practicar durante el día cien visitas al Sacramento, lo cual recompensó el Señor, ayudándole Él mismo el Sacrificio de la Misa cierto día en que el V. Padre se encontraba muy fatigado. Su fino amor se descubre en sus tratados sobre la Eucaristía, en los cuales se excedió á sí mismo, como dice su historiador, pues no contento con escribir una sola vez del Sacra-

(1) Vida de este Bto. por el M. R. P. Joaquín Company, franciscano.

mento eucarístico, nos lo presenta varias veces en muchas partes de sus obras, añadiendo materia siempre nueva para que se cebe el alma en las dulzuras de este Misterio.

El V. P. Fr. Luis Soto, franciscano, permanecía en oración delante del Sacramento todo el tiempo de la exposición sacramental. Semejante amor determinaba que no pudiese ni supiese hablar diferentes cosas que las divinas, las cuales, por el fervor con que salían de su boca, se comunicaban á los oyentes. No pudiendo aún con todo esto desahogar su corazón en las iglesias, se retiraba á las cuevas de un montecillo donde exhalaba ardientes suspiros, viéndose algunas veces arrebatado en el aire con los brazos abiertos (1).

Santa Eduvigis, duquesa de Polonia, comulgaba con tal abrasado amor, que no podía menos de pegarlo á los circunstancias; y su fe era tan viva para con este Misterio, que pedía á los sacerdotes pusiesen las manos sobre su cabeza, experimentando con esto grande provecho (2).

Cuando S. Francisco de S. Jerónimo hablaba de Jesús Sacramentado, salían sus palabras con tanta vehemencia, que se clavaban sin duda en los corazones de los oyentes; pero en lo que más se descubría su ferviente amor era cuando exhortaba á la devoción y respeto del Augusto Sacramento; con bastante frecuencia se le quedaba la voz enronquecida; á veces le salía sangre de la boca y en otras ocasiones se le secaban las fauces y la lengua de tal manera que concluía por no poder articular palabra. Ninguna cosa despertaba tanto su indignación, ni reprendía con mayor severidad, que las irreverencias cometidas en presencia del Santo Sacramento. Corrigió gran número de abusos y no podía tolerar la más mínima falta en la Iglesia, reprendiendo á una señora de alta aristocracia por haber permanecido sentada durante la consagración (3).

La V. hermana Isabel de Jesús tenía sus grandes delicias

(1) Cronic. Seraf. lib. 3.º cap. 35. P. 6.ª
 (2) Vida de la santa por Ribadeneira.
 (3) Vida del santo por Wisseman.

en visitar los templos, considerando que son moradas de Jesús Sacramentado, y siempre que podía, sin faltar á sus obligaciones, se recogía en la Iglesia para orar al Señor y pedirle mercedes (1).

Cien genuflexiones practicaba S. Francisco de Borja en honor de Cristo Sacramentado, de suerte que pasaba muchas horas al día abstraído en su amado Jesús. Jamás se abstuvo del Sacrificio de la Misa y conocía además por instinto del cielo los lugares en que estaba reservado el augusto Sacramento (2).

S. Juan Nepomuceno, siendo aún jovencito, se dedicaba á ayudar la santa Misa, (3) en cuya piadosa práctica experimentaba indecibles consuelos.

De la Beata Felipa Marerie de Santa Clara, se refiere que cuando oraba ante el Augusto Sacramento, eran tantas las dulces lágrimas que derramaba, que solían ser recogidas en un vaso de madera, sirviendo de eficaz medicina á los enfermos que con fe y devoción las aproximaban á sus males (4).

S. Francisco Javier daba la Sagrada Comunión de rodillas, premiándole el Divino Salvador semejante comportamiento con los dulces raptos que padecía á consecuencia de tal práctica, siendo testigos de ello los circunstantes que admiraban semejante prodigio (5).

Tanto celo por el Santísimo Sacramento abrigaba el Beato Querubino de Spoleto que, á más de erigir muchos templos á su culto y honor, fué el primero que introdujo la santa costumbre de que se tañese la campana cuando saliese por las calles el Augusto Viático, con el fin de que fuese adorado de todos. Asimismo ordenó se cantase todos los primeros Domingos de mes la Misa del Venerable Sacramento (6).

(1) Crónica Seráfica, lib. 3.º c. 95.

(2) Breviar. Rom. Lec 6, al 10 de Octubre.

(3) Brev. Rom. Seraf. Lec. 4, al 16 de Mayo.

(4) Breviar. Rom. Lec. 5, al 16 de Febrero.

(5) Vida de este santo por el P. Ribadeneira.

(6) Crónica Seráfica.

El Beato Bernardo Corleón, capuchino, no podía vivir sin Jesús Sacramentado, así que desfallecía si se le privaba de la Comunión, por lo cual, preguntándole los religiosos sus hermanos por qué comulgaba tan á menudo, contestaba que lo hacía porque le parecía no poder vivir sin este sagrado alimento (1).

Para concluir, hablaré de la excelentísima fineza que obró el Omnipotente á favor de S. Ramón Nonnato. Este bienaventurado amaba sobremanera á la Eucaristía; sobrevínole el trance de la muerte y pidió con mucho fervor el adorable Viático; pero el sacerdote tardaba y la espada de la enfermedad cortaba por instantes el hilo de su vida. Entonces, el santo rogó fervorosamente al Señor no le dejase morir sin el consuelo de su Santísimo Cuerpo, y el Altísimo que jamás desoye las justas peticiones de sus siervos, ordenó bajase del cielo una multitud innumerable de ángeles que, vestidos del hábito de la Merced y, llevando antorchas en las manos, marchasen á socorrer al santo. Así se efectuó; pero lo más tierno de la escena fué que el mismo Jesucristo presidía la comitiva angélica, llevando en sus divinas manos el sagrado Viático. Al ver el santo bendito el inmerecido honor que se le tributaba, se arrojó de la cama y postrado ante el Sacerdote Eterno, recibió de su mano la Prenda de la inmortal vida.

¡Lector carísimo! Si alguna cosa pretendiera yo de ti en el presente capítulo, sería el que encendieses en tu pecho una llama de puro amor hacia Jesús Sacramentado. Digo de puro amor, porque de amor mixto estamos hartos muchos de los cristianos. Sólo el amor puro hace amar como se debe á quien lo debemos todo. Sólo el amor puro hace amar con desinterés, con ardor y celo. Sólo el amor puro merece el recíproco amor verdadero. Si el amor de los que nos preciamos de cristianos fuera puro, vengán las contradicciones, diríamos, vengán los quebrantos, vengán las humillaciones, vengán las enfermedades. Si fuera puro, ¿qué

(1) Vida de este santo por el P. Ribadeneira.

tristeza no se convertiría en alegría? Sólo el amor puro lo vence todo, lo sufre todo, se sacrifica por todo.

Dios quiera, hermano carísimo, que nosotros al menos tengamos deseos de poseer el amor sin mezcla que animó á los santos, para que así no nos apartemos del camino prescrito por el legislador Eterno; mas no se nos olvide que las palabras y el afecto de los santos Confesores en pro del santo Sacramento son una prueba más de la veracidad del Misterio eucarístico.



CAPÍTULO VI

La Eucaristía y los Fundadores de las Órdenes Religiosas

SUMARIO

- I.—Testimonios de los Fundadores en favor de la Santísima Eucaristía.
II.—Amor de los Fundadores á Cristo Sacramentado.

Afirmó un soberano Pontífice que las Órdenes Religiosas constituyen el brazo derecho de la Iglesia. Mas ¿en qué se fundaba? Veámoslo. Sabido es que el fecundo árbol de la Iglesia, siempre vivo y siempre tierno, no deja de extender sus hermosas ramas á fin de cubrir con su agradable sombra á los hombres que deseen vivir la vida de los hijos de Dios. Estas hermosas ramas son las Órdenes Religiosas que, poseyendo la savia del común tronco divino del cual brotaron, la infiltran en los corazones preparados. De aquí el que las Órdenes Religiosas lleven el verdadero espíritu de la Iglesia, espíritu que en todas partes y en todos tiempos han procurado difundir entre los nobles y los plebeyos, entre los ricos y los pobres, entre los sabios y los ignorantes; espíritu, que lo han hecho resaltar desde la culta Europa hasta la incivilizada Oceanía, desde el Oriente hasta el Poniente, desde el Septentrión hasta el Mediodía; espíritu que lo infundieron en las más feroces razas, amansándolas; en los más empedernidos corazones, ablandándolos; en las más desesperadas conciencias, tranquilizándolas; espíritu que lo propagaron á fuerza de la palabra y del ejemplo, de la en-